

3-165 1
O.C. to un ix

DEL SUICIDIO EN ESPAÑA.
/"La Nación", Buenos Aires (R. A.), 30 julio 1913/
□



Os decía al terminar mi anterior correspondencia sobre la estadística del suicidio en España desde 1906 a 1911, que nos quedaba por ver el estudio de las influencias sociales, de las demográficas, de las cósmicas o naturales y luego el de los medios empleados para atentar contra la vida.

Entre las influencias sociales la primera que se nos presenta es la de la instrucción. "Se ha demostrado- dice el "Preámbulo"- que el suicidio y las aberraciones mentales afectan principalmente a las clases de la sociedad cuyo nivel intelectual es más elevado." Naturalmente; la ciencia es triste cuando entra en una cabeza mal preparada para albergarla, la terrible pseudoilustración que han desencadenado esas bibliotecas de avulgamiento, no ya vulgarización, dicho científico no puede sino acabar engendrando tedio de la vida y profunda desilusión. Y en individuos, familias y razas, cuyo sistema nervioso no venía preparado por herencia de labor de siglos para una función delicada y compleja, la instrucción tiene que causar estragos. He leído no se dónde que poco después de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos aumentó grandemente el número de negros que se suicidaban. Y presumo que los indios civilizados (?) y los mestizos propendan al suicidio, así como el alcohol, que es su substitutivo, -hay quien se embriaga por falta de coraje para matarse- más que aquellos blancos puros que heredaron un organismo fraguado por siglos de cultura.

De un cuadro estadístico que publica la obra que estamos revisando resulta que contribuyen al suicidio más del doble número de alfabetos, de los que saben leer y escribir, que analfabetos. En el cuadro por provincias no corresponden, sin embargo, exactamente una cosa y otra. La provincia de menos analfabetos aparece ser Madrid, y es a la vez el número uno

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

EL SUICIDIO EN ESPAÑA.



3-165
2

en punto a suicidios, pero sigue en orden de mayor ilustración Alava, que ocupa en suicidios el número 27 entre las 49 provincias. Por otra parte, las tres provincias que aparecen con menos suicidios son Lugo, Orense y Pontevedra, y aunque es grande el número de analfabetos en ellas, están en esto respecto antes Jaén, Granada, Almería, Málaga- es decir, la Andalucía oriental, -Albacete, Castellón, Murcia, Baleares, Alicante, Badajoz, Canarias y otras más. Como que Lugo, Orense y Pntevedra figuran con los números 21, 17 y 20, respectivamente, en orden a analfabetismo. Y se ve clara la influencia de las grandes poblaciones, ya que las tres primeras provincias en suicidios son Madrid, Barcelona y Málaga, siendo así que en analfabetismo figuran Madrid en 48º lugar, Barcelona en 33º y Málaga en 40º, o sea, en orden inverso Madrid la segunda en ilustración sólo Alava le supera, -Barcelona la décimaséptima y Málaga de las últimas.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



Sabido es que la relación inversa entre el analfabetismo y el suicidio es general. Prusia y Francia, que son las naciones de mayor ilustración, dan el mayor contingente de suicidas, y el menor Italia y Hungría, que cuentan con mayor número de analfabetos. (Y de paso advierto al Sr. B. M. que sí, que en Italia hay más analfabetos que en España.)

Respecto a la influencia de la criminalidad, el «Preámbulo» recuerda aquella regla de que allí donde el homicidio está muy desarrollado existe una cierta inmunidad contra el suicidio. Vamos, si el que se mata no mata. ¡Y quién sabe si no es que muchos se matan por falta de valor para matar a otros! De un cuadro comparativo del homicidio y el suicidio en varios países de Europa resulta que, a excepción de Italia, en los demás países el número de suicidas es superior al de homicidas, y que el supuesto antagonismo entre ambos hechos es máximo en Alemania, siguiendo por orden de intensidad Inglaterra y Francia, y mínimo en España, donde se acusa marcada tendencia al paralelismo entre ambos fenómenos.

Del cotejo entre el número de suicidios y la densidad de población no parece deducirse resultado alguno apreciable, pues si bien—dice el «Preámbulo»—las provincias de Madrid, Barcelona, Málaga, Sevilla y Cádiz acusan alguna paridad entre los dos factores, esa coincidencia debemos atribuir a la aglomeración de habitantes en sus respectivas capitales, y por lo tanto a la agravación que los grandes grupos de población determinan en la mortalidad-suicidio, como veremos más adelante; más bien en la mayor parte de las provincias parece que se acentúa la divergencia en vez del paralelismo entre los términos de la confrontación, como ocurre en Vizcaya, Pontevedra, Alicante, Coruña, Oviedo, Canarias, Orense, Santander, Lugo y Almería, señaladas con los números más bajos de mortalidad-suicidio, no obstante ocupar la mitad superior de la escala de densidad.» En efecto, si Madrid, que es la quinta provincia en densidad de población (110 habitantes por kilómetro cuadrado), figura en primer lugar en suicidios, es por la capital, pero en cambio Vizcaya, que es el número uno (con 162 habitantes), ocupa el 34.0 en suicidios; Barcelona, segunda en población (148 habitantes) está en segundo lugar de suicidios por la capital, y Guipúzcoa y Pontevedra, los números tercero y cuarto en densidad, con 120 una y 113 la otra, ocupan los números 18.0 y 47.0, respectivamente en suicidios.

«Algunos tratadistas del suicidio, entre ellos Leigt—dice el «Preámbulo»—han pretendido ver una relación íntima entre el suicidio y la emigración, pero del estudio estadístico del sexenio 1906 a 1911 no parece deducirse tal cosa, sino más bien un cierto antagonismo, ya que las provincias del noroeste, que dan un gran contingente de emigración, figuran con los coeficientes más bajos en suicidio, y en cambio corresponden muy altos a las regiones donde aquélla es muy débil. Como no sea que a alguno de esos teóricos a tenazón y toda costa se le ocurra la pe-



Del suicidio en España

3-168

7



X 1900

regrina idea de que la emigración es un substitutivo del suicidio, es decir, que se emigra por no suicidarse o se suicida por no poder emigrar. Arbitrariedad que por lo disparatada no es difícil se le ocurra a alguien, ya que pocas cosas hacen decir más tonterías que el fenómeno de la emigración.

Respecto a la influencia de la vida urbana y rural, el instituto geográfico y estadístico ha tropezado con la dificultad de determinar los límites que separan la vida rural de los que corresponden a los grandes núcleos de población. ¿Cuándo puede llamarse a una población grande urbe? ¿Cuándo deja de ser aldea? De los datos del «Nomenclator» de ~~1900~~ resulta que en Galicia y Asturias viven dos millones de habitantes en entidades—municipios, concejos, aldeas, etc.—que tienen menos de 100 edificios y sólo 534.000 en los que cuentan más; en Navarra y las Vascongadas viene a ser algo así, y en cambio en Andalucía y Castilla la Vieja las entidades mayores tienen un contingente de tres y dos millones, respectivamente, y las menores de 600.000.

Pasando a las influencias demográficas, se nota, y ello es claro, la mayor propensión al suicidio de los extranjeros y los nacidos en otras provincias, es decir, de los desarraigados. Las raíces que le prenden a uno a un suelo y un pueblo la prenden a la vida; las plantas transplantadas se defienden peor. Corresponden tres suicidios de extranjeros a uno de españoles, en España, por supuesto.

Respecto al factor demodinámico, o sea el de la natalidad, no parece que sea muy acentuada su influencia sobre el suicidio, aunque se observe una mayor intensidad de suicidios donde más débil se acusa el exceso de natalidad sobre la mortalidad.

Estudia luego el «Preámbulo» las influencias cósmicas o naturales, las de las estaciones, agentes atmosféricos, clima, etc. Sabido es, en efecto, que hay más suicidios en verano que no en invierno, y que la presión atmosférica influye en ello. Y este estudio termina el «Preámbulo» diciendo que «ninguna consecuencia puede deducirse en nuestra nación sobre la influencia del clima, como no sea que parecen más inmunes las provincias de la región del Duero, que son las más frías, que las de Levante y Andalucía, que son las más templadas».

Pasa luego el «Preámbulo» a estudiar los medios empleados para atentar contra la vida, empezando por asentar aquello de que la muerte elegida por el suicida es un fenómeno completamente extraño a la naturaleza misma del suicidio. Y aquí tengo que recordar el que una vez le oí a cierto sujeto generalizador y sociológico (!!!) afirmar que los antiguos romanos tenían mucho más valor que los hombres de hoy, pues se suicidaban arrojándose sobre la espada sujeta, con la punta hacia arriba, en el suelo. A lo que le contesté: «Es claro, ¿quería usted que se suicidasen pegándose un tiro en la cabeza con una Browning o siquiera disparándose una flecha, con arco, al pecho? Y eso que uno de sus más frecuentes modos de suicidarse era tomar un veneno activo. Lo que no recuerdo es que ninguno de aquellos antiguos romanos se suicidase poniéndose so-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

bre los rieles de un ferrocarril cuando iba a pasar el tren.»

Del examen de los medios empleados para el suicidio en España en el sexenio de 1906 a 1911 resulta que los más frecuentes han sido para los varones el arma blanca y la suspensión y para las mujeres el envenenamiento y casi en la misma proporción se ha empleado por ambos sexos la sumersión y la precipitación desde alturas.

Lo que no tiene en cuenta esta «estadística» es el elemento étnico o social, el país de que eran originarios los suicidas. Y pues que se nos dice que los extranjeros y aborígenes en general dan más contingente que los nativos, es decir, que el hombre se suicida más fuera de su propia patria—sea grande o chica, nación o región—que en ella, no cabe dar exagerado valor a la clasificación de los suicidios según las provincias en que se realizaron. A pesar de lo cual ello tiene una evidente importancia. El que en una región de España haya más suicidios que en otra puede y de hecho ha de depender más que de otra cosa, de su clima, de sus condiciones económicas, de las enfermedades en ella reinantes, etc., pero también ha de depender del ambiente moral, y este ambiente se debe en gran parte a la raza que la habita.

Consultando el cuadro XXXI en que se nos da la proporción de suicidios en las cuarenta y nueve provincias de España, empezando por la de Madrid, con 28.2 por 10.000 habitantes y acabando por la de Lugo, con 2.4, menos de la décima parte, y descartando el que aparezcan al frente Madrid y Barcelona, debido a las capitales, de más de medio millón cada una, algo puede rastrearse al respecto. Desde luego se observa que figuran en último lugar, con el mínimo de suicidios, Galicia, Asturias y el antiguo reino de León, incluso en éste Salamanca, en que habito y que algo creo conocer. El gallego aparece el más apegado a la vida y no me sorprende esto, pues pese al tono quejumbroso y elegíaco que ha solido tomar la literatura gallega hay pocas tierras que irradian más verde alegría e infundan mayores ganas de vivir. Y la misma quejumbrosidad literaria gallega, con todo lo que tiene de artificio, tiene mucho de vividora. El que se queja no se mata sino que vive para gozarse en quejarse, y a las veces en molestar a los demás con su queja.

Mi tierra nativa, las provincias vascongadas, figuran hacia la mitad de la lista, más bien en la segunda parte, mas hay la diferencia de que mientras Vizcaya figura con un índice de 9.3 a Alava con uno de 10.7, Guipúzcoa llega al 14.2. ¿Por qué este mayor número de suicidios en Guipúzcoa? ¿Será el alcohol que empieza a haber estragos en esa hermosa e industrialísima provincia? ¿Será la vecindad a Francia?

Cataluña y Andalucía figuran a la cabeza de los suicidios. Descontando Barcelo-





na, que, como queda dicho, lo debe al influjo de una gran capital, Tarragona ocupa el cuarto lugar con el índice 17 (por 10.000, se entiende), Gerona el So., con 16.4, y luego, hay un gran salto a Lérida, provincia interior, casi exclusivamente agrícola, que ocupa el 40o. lugar con 7.3, uno de los índices más bajos. Y no ha de atribuirse a sí las provincias son mediterráneas o costeras—ya que hay quien supone que el mar entristece la vida—pues Pontevedra, Lugo, Oviedo, Coruña, Santander, Canarias y otras marítimas en gran parte figuran en lo más bajo.

Andalucía, la tierra de la leyenda de alegría, leyenda que se deshace, pues los mismos andaluces han dado en la flor de hablarnos de la tristeza andaluza, exagerándola por una cierta presunción de que el ser triste es más profundo o más distinguido, Andalucía figura a la cabeza de los suicidios. Después de Madrid y Barcelona, sigue Málaga con 17.5, Cádiz ocupa el sexto lugar con 17, Sevilla el noveno con 16.4, Córdoba el décimotercero con 15.4, Jaén el décimosexto con 14.4, Granada el vigésimoprimer con 13.7, Huelva el vigésimosegundo con 13.5 y luego hay un salto a Almería, en trigésimosexto lugar, con 8.9. Y no cabe decir que el mayor contingente de suicidios de Andalucía comparada con otras regiones, se deba a su mayor ilustración, pues las cuatro primeras provincias en número de analfabetos, las más atrasadas en instrucción pública, son en España Jaén, Granada, Almería y Málaga. Córdoba ocupa el duodécimo lugar, Cádiz el vigésimo cuarto, Sevilla el vigésimosexto y Huelva el vigésimooctavo, es decir, que la Andalucía occidental es más instruída que la oriental.

Hace algunos años tuve la ocurrencia de decir que si había alguna división de España en dos partes no era en norte y sur sino mediante una diagonal que vaya de la mitad del Pirineo al cabo de San Vicente, dejando a un lado las tierras cuyas aguas vierten en el Mediterráneo y a la parte del Atlántico de Sevilla, Cádiz y Huelva, y de otro lado las tierras cuyas aguas vierten al Cantábrico y al Atlántico portugués; de una parte las cuencas del Tajo y del Duero y el litoral cantábrico y de otra la cuenca del Ebro y todo el Levante y el sur. Y de hecho se observa una afinidad mayor entre el catalán y el andaluz, por ejemplo, que entre cualquiera de ellos y el gallego, el vasco, o el castellano viejo. Esa mi división se funda en las observaciones de carácter psicológico que en mis viajes por España he podido hacer. Y el estudio de la repartición del suicidio en España confirma, en cuanto puede confirmarla, esa mi división.

MIGUEL DE UNAMUNO

